

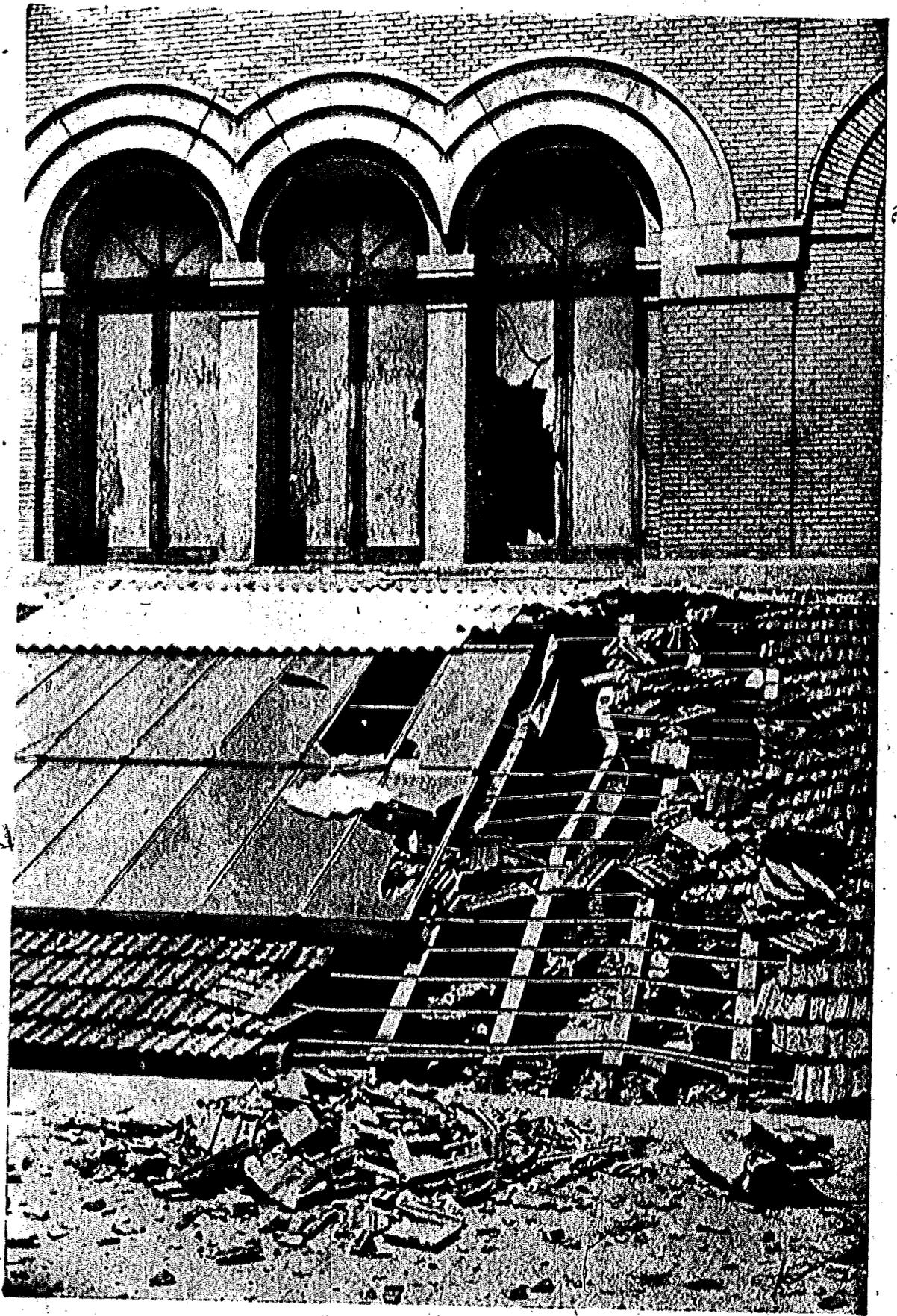


*LA*  
BIBLIOTECA NACIONAL  
*DE MADRID*  
BOMBARDEADA

**D**ESDE las primeras bombas arrojadas sobre Madrid por los aviones facciosos en agosto de 1936, las autoridades de la Biblioteca Nacional y de los Archivos y Museos reunidos en el mismo palacio que la Biblioteca ocupa en el Paseo de Recoletos, tomaron todas las medidas que las circunstancias permitían para la defensa de los valiosos materiales históricos y artísticos que en dichos centros se guardan.

A primeras horas de una noche de noviembre unos aviones enemigos, después de evolucionar sobre el centro de Madrid, iluminaron con bengalas el barrio en que la Biblioteca se encuentra y dejaron caer sobre ella numerosas bombas incendiarias. La forma y dimensiones del edificio y su disposición respecto al Paseo indicado, a la Plaza de Colón y a la Casa de la Moneda, harían sin duda que el aviador pudiera localizarlo e identificarlo con facilidad. Todas las bombas arrojadas cayeron, en efecto, sobre el palacio o en el jardín que lo rodea, dejando fuera de duda que habían sido dirigidas contra la Biblioteca como único y señalado objetivo.

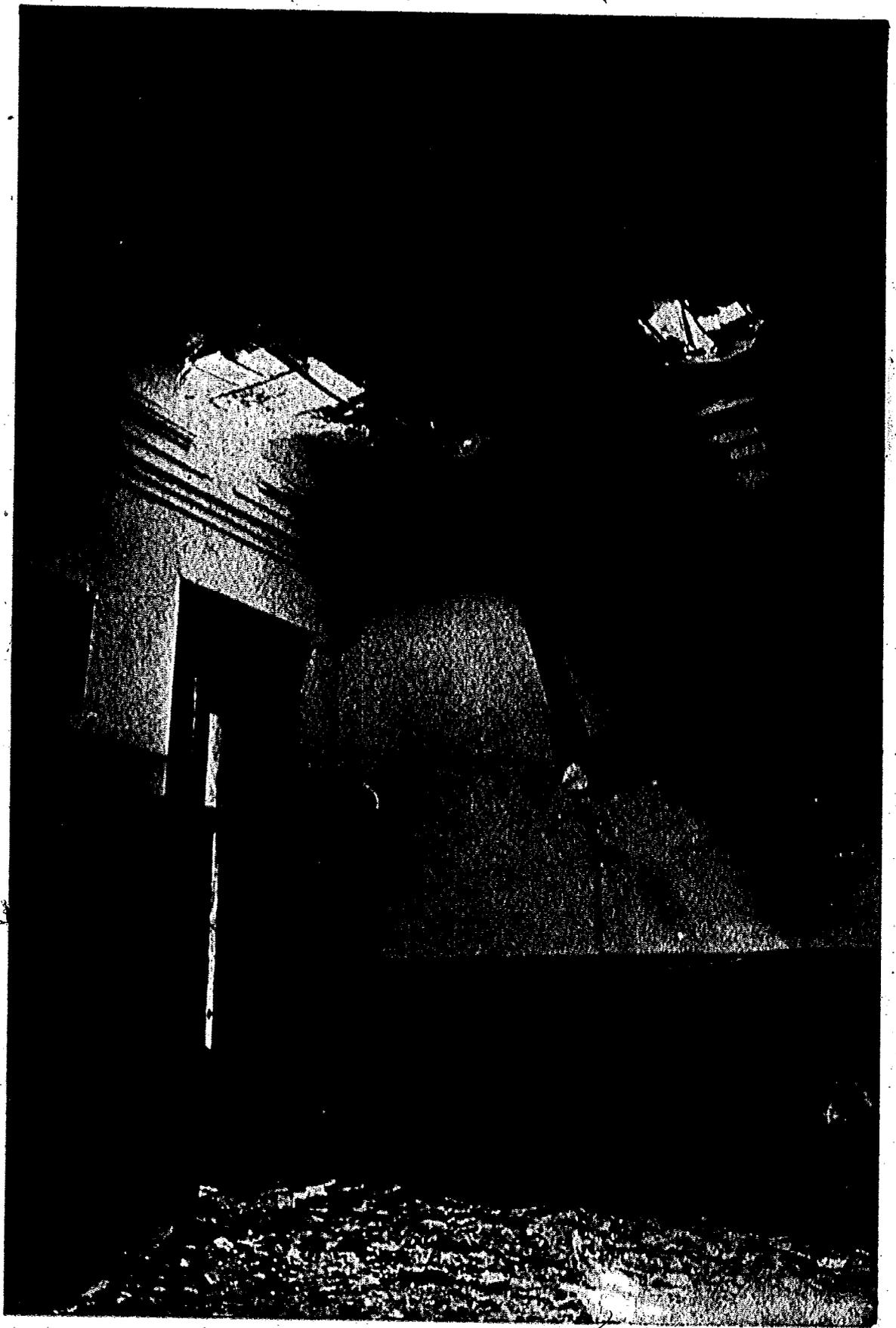
Las frágiles cubiertas de cristal de algunas dependencias del edificio fueron fácilmente atravesadas por los proyectiles. Uno de éstos cayó en la sala llamada de Usoz, donde en armarios metálicos, defendidos por una barricada de sacos de arena, se guardaban los volúmenes correspondientes a las secciones de incunables y obras raras de la Biblioteca. Afortunadamente la bomba

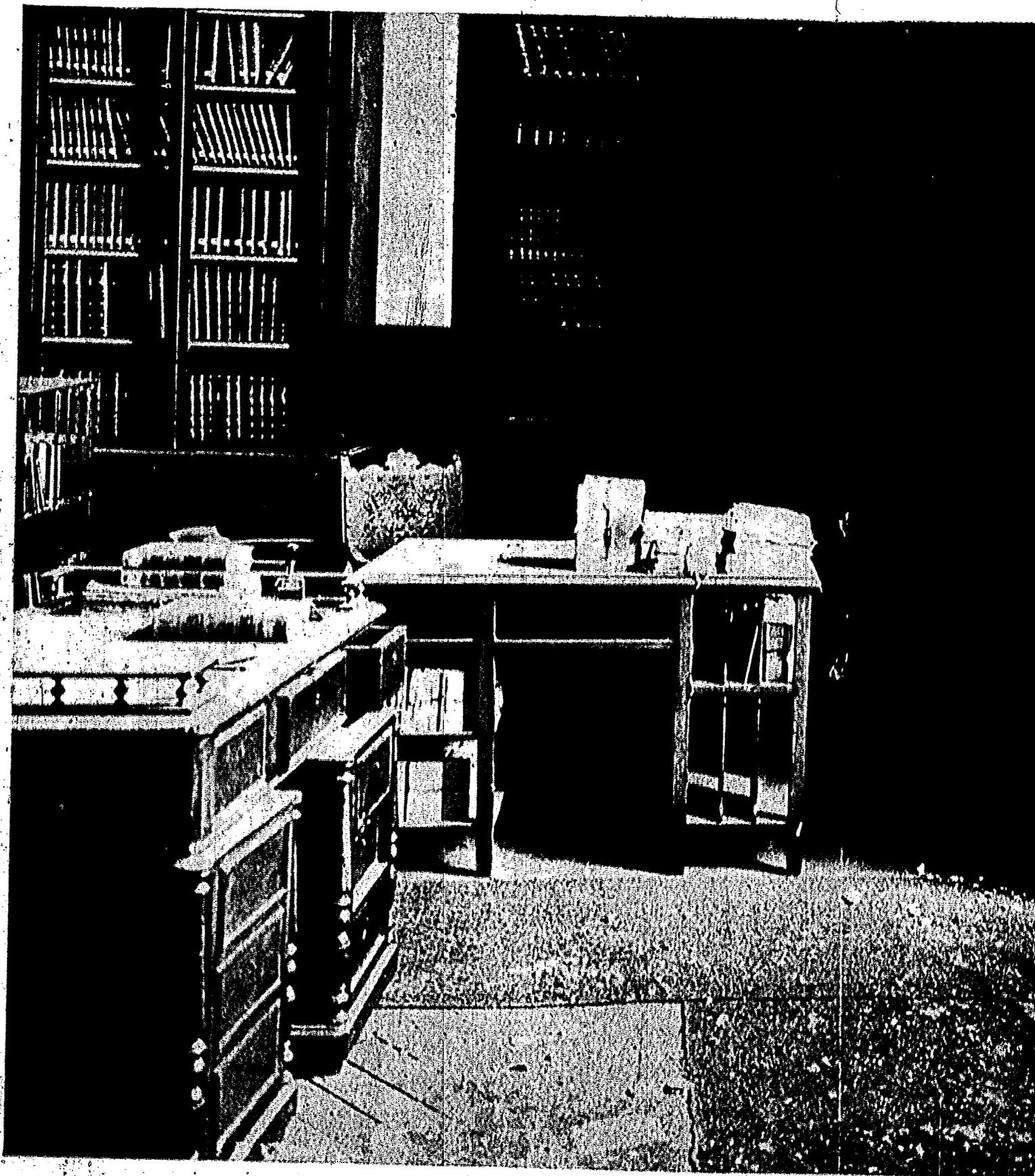


chocó contra el muro de sacos; y la misma arena caída por la brecha que en ellos se abrió tuvo la virtud de interrumpir y ahogar la combustión del artefacto.

Entre los demás proyectiles que penetraron en el local uno ardió en la Sala de Bellas Artes; entre los mesotones en que se guardan las estampas, dibujos y grabados de Rembrandt, Velázquez, Durero, Goya y tantos otros; otra bomba se quemó en la Sala de lectura del Archivo Histórico Nacional contra un armario, cuyas planchas de hierro resistieron el fuego sin dejarle alcanzar a los antiguos códices que el mueble encerraba, y otras, en fin, prendieron los zócalos de unas Salas del Museo de Arte Moderno y quemaron algunos marcos, cuyos lienzos habían sido oportunamente desmontados y guardados.

Ante el peligro de que los rebeldes insistieran en la destrucción de la Biblioteca el Gobierno dispuso que se trasladaran a lugar seguro las obras más notables y valiosas. Otras muchas fueron acomodadas de la mejor







7 8

manera posible en los sótanos del edificio. La Sección de Manuscritos, íntegramente, y los fondos más notables de las demás secciones se hallan instalados en dichos sótanos, fuera del alcance inmediato de los proyectiles enemigos, pero no libres del riesgo de una agresión tan violenta que destruya totalmente el edificio. Sacar de Madrid todo lo que la Biblioteca encierra de importante era empresa impracticable.

Las salas desiertas, las huellas de las bombas en techos y pisos, las trincheras de sacos, las secciones desorganizadas y el servicio público interrumpido dan a la Biblioteca un aspecto desolador. No son las masas populares, sino los que se titulan defensores de la historia y de la tradición españolas los que han producido este desorden y han atentado contra la conservación de este centro de paz y de estudio, símbolo y representación de la cultura nacional.

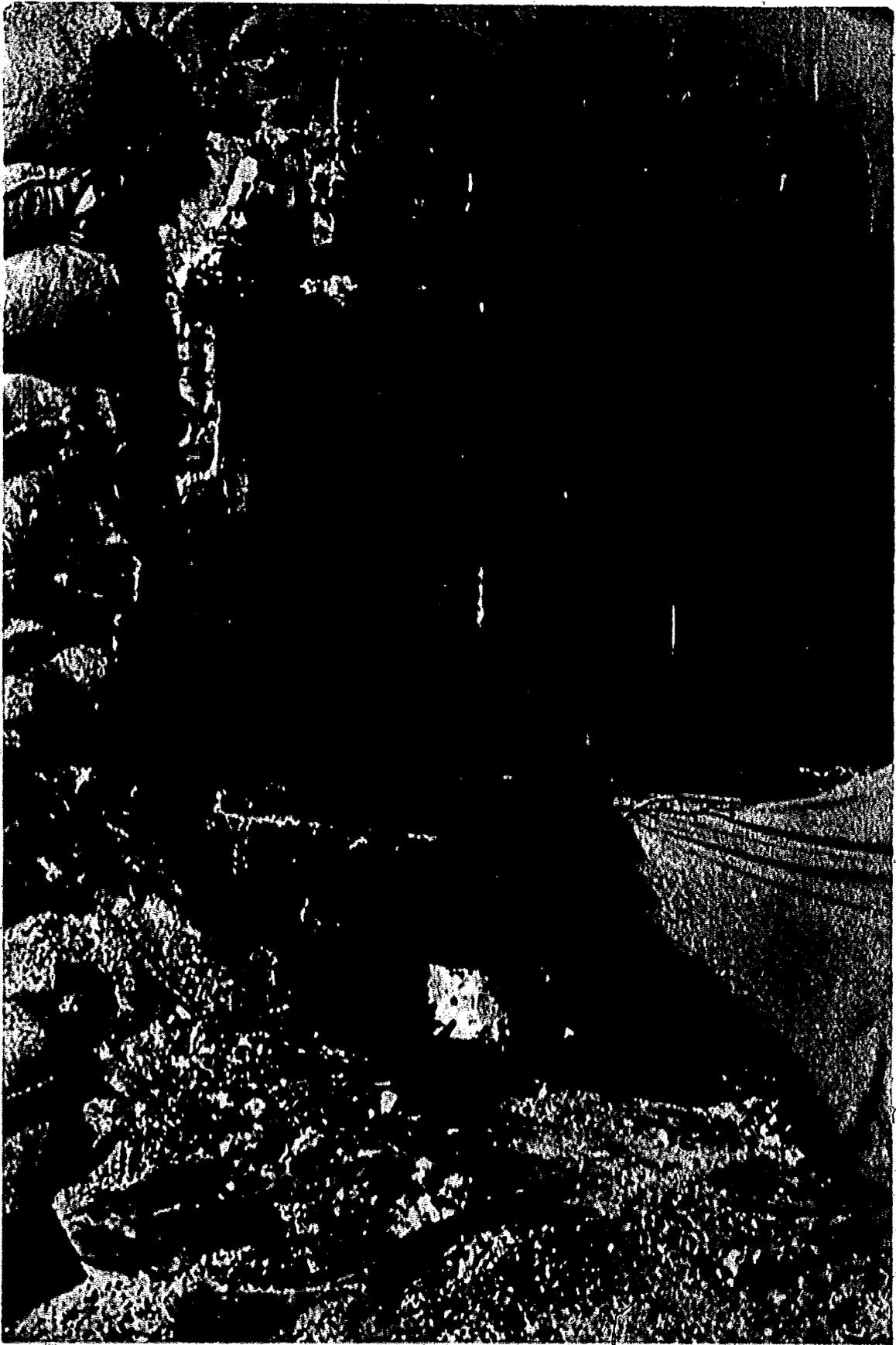
La agresión de los aviones ha sido sustituida y con-



tinuada por la artillería facciosa. Las baterías que cercan Madrid lanzan ciegamente sus proyectiles sobre la sufrida población. Las mortíferas cargas de metralla caen lo mismo en calles y plazas que en las viviendas de pacíficas familias o en escuelas de niños, hospitales de enfermos y asilos de ancianos. Algunos de estos proyectiles han caído sobre la Biblioteca Nacional.

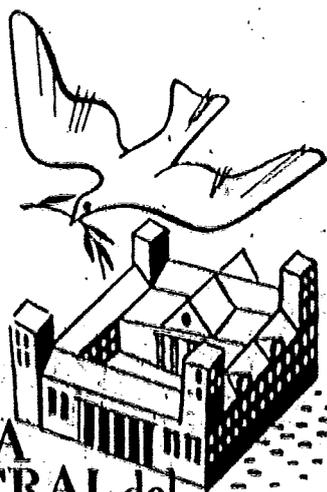
Uno de ellos, después de romper una cornisa de piedra, extendió sus destrozos por la fachada principal del edificio, decapitando la estatua de Lope de Vega que se halla a la entrada del palacio. La cabeza, mutilada y herida, quedó, entre otros escombros, frente al pedestal de mármol. Otro día correrán acaso la misma suerte las cabezas de Cervantes, Luis Vives y Nebrija, que acompañan a Lope en ese pórtico de honor.

La Biblioteca había sido provista de los medios de defensa necesarios contra los riesgos y accidentes ordinariamente previsibles. A nadie se le había ocurrido



pensar que hubiera también que prevenirla contra ataques de artillería y aviación. Como a la Biblioteca Nacional, el bombardeo faccioso ha alcanzado al Instituto Cajal, a la Academia de la Lengua y a los Museos del Prado, Antropológico y de Ciencias Naturales. La cabeza derribada de la estatua de Lope, a las puertas de la Biblioteca, expresa dolorosamente el espíritu de la sociedad que los militares sublevados pretenden imponer.





**JUNTA  
CENTRAL del  
TESORO ARTISTICO  
VALENCIA**